

## DE LITERATURA HISPANOAMERICANA

POR

ALBERTO GIL NOVALES

Un fenómeno muy importante se está produciendo actualmente en la América española: el de haber llegado ésta a su primera madurez intelectual. La historia de América tiene sentido viendo en ella el esfuerzo de su población por emanciparse política, económica y culturalmente. Lo primero—romper los lazos con el renqueante Imperio español—fué cosa relativamente fácil. Las luchas y disturbios contemporáneos tienen por motivo principal la emancipación, o vista desde el otro lado, la esclavitud económica. Pero ambas conquistas, para lograrse y ser firmes, necesitan la autoafirmación cultural no confinada en los límites mediocres de una provincia, sino con valor universal. Esto es lo que ahora está aconteciendo en la literatura hispanoamericana (literatura que, a pesar de ser de capital importancia para nosotros, los españoles conocemos muy mal, quizá para acreditarnos de provincianos destañados, que es lo que se piensa de nosotros en algunos sitios). La literatura hispanoamericana—en sus mejores manifestaciones—interesa ahora en Europa, ya no, como pudo ocurrir en el siglo pasado, como mera curiosidad, sino como expresión de algo pleno, consciente y, a veces, demasíadamente humano. Es una literatura *auténtica*. Aunque esto, lo de la autenticidad, se da en ella muy temprano. Leyendo libros tan diferentes, y de valor tan diverso, como el *Facundo*, de Sarmiento (de 1845), y *Una excursión a los indios ranqueles*, del coronel Mansilla (1870), advertimos en ellos en seguida un aire de familia, y un cierto carácter autóctono, que los liga sin gran esfuerzo con libros modernos (como, por ejemplo, las novelas de Rómulo Gallegos). Son libros escritos dentro de la tradición cultural española, aunque en aquel momento muy afectados por el galicismo, sobre todo el *Facundo*—cuyo autor, por otra parte, no es tan antiespañol como se ha dicho—; pero ya no son libros españoles, ni por supuesto, pastiches, a la manera de Francia.

Esto tiene una gran importancia para España, ya que el levantamiento cultural de Hispanoamérica ayuda inevitablemente al mismo empeño en la Península, y no digamos nada en sentido

inverso: las cosas de España repercuten largamente allá. Es una interacción recíproca, en la que la mayor parte corresponde al idioma y a la historia común. Un nervio nos enlaza que cuando duele en España vibra y duele también en América. Por eso es tan importante el fenómeno de la nivelación del idioma de que hablaba don Amado Alonso (1), como consecuencia de las grandes editoriales, madres de cultura, surgidas en América a raíz de nuestra guerra civil. Para el porvenir cultural de Hispanoamérica—y cultura a la larga significa emancipación—, el hecho de que el idioma castellano empiece a tener tres grandes centros de gobierno—Buenos Aires, Madrid y Méjico—es de incalculable valor. (Ante este hecho, ante esta novedad de que Madrid abandone su cetro hasta ahora único, los españoles sólo podemos sentir un contento interior muy grande. Es contribuir a dar sentido a la empresa americana, capital en nuestra historia. Y la historia de España está pidiendo en la mayoría de sus puntos un sentido, una razón de haber sido.)

América, pues, empieza a contar con escritores. Este es otro punto en que la mayoría de los españoles tenemos que rectificar la perspectiva. Hasta ahora, los manuales de literatura española trazan el recorrido peninsular y olvidan completamente lo realizado en América, con las únicas excepciones de Rubén Darío, doña Gertrudis Gómez de Avellaneda—por su larga vecindad peninsular—, y en un rincón, al hablar de la novela histórica, citan *La gloria de don Ramiro*, del argentino Larreta. El continente queda en el vacío. ¿Lo está en realidad? Basta con ojear el libro de Luis Alberto Sánchez—*Proceso y contenido de la novela hispanoamericana* (2)—para darnos cuenta de que, literariamente, Hispanoamérica es una maraña, una selva tropical. Claro está que para que esas nuevas literaturas (boliviana, argentina o peruana) puedan ser consideradas literatura general española—y no sólo como alarde erudito—, depende del grado en que influyan sobre los otros pueblos, y también el español, del grado en que nos conozcamos y nos intereseamos mutuamente por nuestros problemas, que, en definitiva, no están muy alejados unos de otros. Cuestión del idioma común—nivelación—, y de cultura simplemente. Porque no siempre el olvido en que tenemos a un libro, o a un autor hispanoamericano, está justificado por su calidad inferior a los autores peninsulares. Hay libros que en aquellos países y en el nuestro

---

(1) *La Argentina y la nivelación del idioma*, Institución Cultural Española, Buenos Aires, 1943.

(2) Ed. Gredos, Madrid, 1953.

tienen una gran importancia política como reveladores de una nueva actitud o conciencia nacional; pero en cambio su condición literaria es muy débil. Tal es el caso, por ejemplo, de la novela *Noli me tangere*, de Rizal, en la Filipinas de fines de siglo; libro que nos es simpático por su contenido ideológico y por su nobleza, pero al que honradamente no podemos darle importancia dentro de la historia general de nuestras letras. Pero hay otros libros americanos, casi desconocidos en España, que tienen una auténtica categoría literaria. Este es el caso, por citar un ejemplo poco sospechoso, de los *Cuentos de la selva* ("para niños"), de Horacio Quiroga, que es posiblemente la mejor literatura infantil que se ha escrito en lengua española.

La República Argentina destaca en esta vanguardia literaria. En este mismo artículo, apenas he tenido que poner algunos ejemplos, me he visto obligado a citar cinco libros argentinos. Pero lo específico del fenómeno que intento subrayar rebasa en mucho las fronteras políticas y la propensión nacional de la República platense. La realidad es que, a través de los focos editoriales de Buenos Aires y Méjico, *toda América* empieza a manifestarse. (De otro tipo de manifestación nacional, como el cine, aunque ya interesante en algunos aspectos, es prematuro hablar. La Pintura es tema aparte.) La literatura argentina, debido a la intensa europeización del país, nos parece en cierta manera "paralela" a la europea. El paisaje y los problemas son quizá otros, pero el tono no es excesivamente diverso. En cambio, la literatura hispanoamericana en general presenta los problemas del indio, de la tierra mestiza, mezclada, zamba, y anhelante de sosiego—progreso o sueño—en la lucha cotidiana. Y esto, además, lo presenta *desde dentro*: de aquí su acierto. Volviendo a un libro argentino de raro encanto, como es la citada *Excursión a los indios ranqueles*, notamos lo alejado que se halla de la actual manifestación americana. El coronel Mansilla, personaje curioso de una época argentina extraordinariamente sugestiva, nos explica su viaje *de fronteras* a los malones indios, y nos hace interesarnos en las figuras y costumbres de éstos como en algo exótico y fieramente *original*. Por el contrario, en la literatura actual de Méjico, Guatemala o el Perú, es América, es la tierra misma la que habla por los escritores, es decir, éstos presentan la vida del indio, o del mestizo, por dentro, con pasión de protagonista. Para encontrar algo así en la Argentina contemporánea, hay que pensar en la *Historia de una pasión argentina*, o bien en *Todo verdor perecerá*, ambas de Eduardo Mallea, pero con una diferencia: aquí es la lucha con el pai-

saje, con el país desierto y hostil, que el inmigrante debe dominar y humanizar. Hay conciencia de país, pero no a través de un fondo humano subyacente. Sólo paisaje, y lucha por el futuro. Falta el indio. Mas, en toda la tierra de indios, se intenta tomar el pulso al país, con un vago y encariñado afán de reivindicación. Indigenismo: he aquí la palabra peligrosa. No es que todos los escritores ni mucho menos sean políticamente indigenistas, en las varias acepciones de este término; es que todos, más o menos, con mayor o menor lucidez, justifican sus páginas por el drama humano en el que nacen, y del cual forman parte. Además, indigenismo tampoco significa necesariamente hostilidad hacia España. Los escritores americanos no ignoran que España está profundamente introducida en América, que forma indisolublemente parte del fondo telúrico de la tierra. Uno de ellos—y de los más representativos del actual momento americano—, *Ciro Alegría*, novelista del Perú, en una obra cuyo título es un precioso hallazgo poético, y a la vez, hondamente revelador de la actitud del autor, *Ciro Alegría*, pues, en *El mundo es ancho y ajeno* (novela, ensayo y teoría, todo en uno), hace hablar a un personaje sobre la literatura popular, que circula anónima por todas partes: “Estos cuentos, en general, parten de elementos básicos españoles. Pero el indio los ha acriollado, infundiéndoles su espíritu. Es increíble lo que se han mezclado los mitos, leyendas y cuentos populares de uno y otro lado. Por ejemplo, en la provincia vecina la historia de la desaparición de Callari, que cuentan los indios, incluye el basilisco, y el basilisco es un bicho español recibido al través de la tradición española. Aun en la selva, se nota esa compenetración. Yo conozco seis leyendas sobre el ayaymama...”, etc. (3). La actitud de los historiadores y críticos de la literatura es la misma: América es tierra mestiza. *Waldo Frank*, en su estupendo libro, brioso y sano, *América Hispánica* (4) hace observar cómo este mestizaje no es la consecuencia tonta de una mezcla de sangrecitas, sino radicalmente de una mezcla de culturas. Todo ciudadano de Hispanoamérica, aunque él y sus ascendientes hayan conservado purísima su sangre blanca, es mestizo, forma parte de un contorno humano hispano-indígena.

Quisiera destacar como compendio y cifra de todo lo dicho a dos grandes escritores de hoy: el ya citado *Ciro Alegría* y el guatemalteco *Miguel Angel Asturias*, hombres de estilo completamente

---

(3) Ed. Diana, Méjico, 1949, pág. 448.

(4) *América Hispánica. Un retrato y una perspectiva*, Madrid, Espasa Calpe, 1932.

opuesto, pero que coinciden en la misma actitud incisiva de interpretación y crítica esperanzada de sus propios países. Obsérvese que algunos extranjeros se han acercado con parecido propósito, y han hecho muy frecuentemente irritantes novelas, absolutamente falsas y fuera de lugar, como *La serpiente emplumada*, de D. H. Lawrence, o viajes *turísticos* como el que realizan por Yucatán y Guatemala dos de los protagonistas de *Les Mandarins*, de S. de Beauvoir. Ante el drama americano, estos extranjeros, preocupados por otras cosas, han sido frívolos.

Miguel Angel Asturias, barrocamente, en novelas de difícil lectura, pero de extraordinaria fuerza poética—ejemplo concreto, la narración del Gaspar Ilom, primera de *Hombres de maíz*—, nos da la visión encariñada de la tierra y el pueblo indígena, depósito de viejas leyendas, y pilar de aspiraciones nuevas; su lucha por la emancipación económica y la independencia política contra el gringo, y contra *El señor presidente*, caricatura feliz de gobernante, que es ya género en Hispanoamérica. Así dice de un personaje: “Le dolía su país como si se le hubiera podrido la sangre. Le dolía afuera y en la medula, en la raíz del pelo, bajo las uñas, entre los dientes” (5). Esto tiene un ligero recuerdo del *Me duele España*, de Unamuno. A pesar de su estilo eminentemente poético y abigarrado, las novelas de Asturias son una pura construcción intelectual, muy sometidas a un previo esquema. No rechazan la variedad, sino que la buscan, incluso demasiado, y hasta permiten la inserción de chascarrillos e historietas, pero el esquema preside, y la novela tiene bases ciclópeas.

Por el contrario, en Ciro Alegría todo es llano y primitivo, sin grandes lucubraciones intelectuales, suave y fecundo como los ríos que canta; sus novelas tienen siempre algo de poema hogareño. Ciro Alegría vive atento a la tierra que produce, a las fuerzas elementales, la vida en la puna—*Los perros hambrientos*—, la comunidad de los hombres, antiguo *ayllu inca*, el río de aguas profundas, que, como el amor, fecunda continuamente a nuestra madre Naturaleza. Con esto consigue, como Asturias, extraordinarios efectos poéticos, pero de otro orden, más apacibles, fundados en la emoción de la vida misma, que pasa, y pasa, como el río. “Pero la vida siempre triunfa. El hombre es igual al río, profundo y con sus reveses, pero voluntarioso siempre.” Y más adelante, hablando de unos caballos: “La luz refulge en los lomos lustrosos, y las venas pletóricas les dibujan ramales en las piernas.

---

(5) *El señor Presidente*, Ed. Losada, 1948, pág. 174.

Cada relincho es un himno de júbilo.” La vida ofrece matices idílicos, si no fuera... De este *si no fuera*, fuente de una agudísima preocupación social, arranca todo el arte, toda la emoción humana de Ciro Alegría. Sus novelas no tienen una unidad cerrada; a veces se diluyen en aspectos laterales, pero él canta a la vida, en lo que tiene de pura gracia animal, de optimismo y liberación, y sigue su camino. Porque debe ser así, porque el hombre, complicado, intelectual, civilizado, se desnuda de todo, y sabe que “un camino es solamente una cinta que marca la ruta y hombre y animal la siguen imperturbablemente, entre un crujir de guijarros, haga sol o lluvia o sombra” (6).

Alberto Gil Novales.  
Padilla, 29.  
MADRID.

---

(6) Estas últimas citas están tomadas de *La serpiente de oro*, Premio Nascimento, Santiago de Chile, 6.<sup>a</sup> ed., 1949.